

ción y por la humildad, ¡venía el infierno, el infierno ineludible! ¡Oh, miseria!...

Tranquilo con aquella infinita paz en que deliciosamente se movía, como en el aire inefable del Paraíso, se había olvidado del Demonio... Pero pacientemente, el Enemigo del Hombre rondaba en torno de él, sutil y mudo, como un viento de pestilencia. Y él respiraba tan profundamente ese viento pestilente, que cada uno de sus pensamientos fué entonces como una llaga que supura...

Con los pies enterrados en el fango, contemplaba el cielo como suyo ya, osando pensar que era un santo... Y entre aquellas estrellas había marcado su puesto para la Beatitud... Horrendamente desvanecido, calculaba, como un conquistador que cuenta sus coronas triunfales, las lámparas y las flores y las ofrendas que cercarían el altar donde reposasen sus huesos... Y seguro de la divinización, saboreó por anticipado las oraciones que por él se elevarían de la tierra... Y como si no le bastase en el cielo la Beatitud, había apetecido ya desde la tierra el Imperio... Soñaba con Roma y quería ver a César vencido y humilde, ofreciéndole el mundo como una fruta madura... ¡Siete veces insensato!... Que mientras así medraba horrendamente en soberbia y se divinizaba en tierra y cielo, el Demonio estaba en derredor de él y dentro de él, ocupando y saturando cada rincón de su ser, como el agua hace con una esponja...

¿Qué le quedaba? Sólo la penitencia; sólo la penitencia hecha en la soledad, lejos, muy lejos de las sospechas de los hombres, para que nunca pudiese ser echada a perder por los elogios humanos. Lejos, muy lejos de los hombres, porque toda virtud que entre ellos se manifiesta, en seguida que les arranca una admiración, está más llena de peligros que un aroma muy sensual o un cántico muy amoroso... La más humilde limosna, la llaga de un mendigo que se lava, una simple consolación, en cuanto se ensalzan, son peligros terribles para el alma, porque la persuaden de su caridad y excelencia... Por el bien que sembramos en los demás, sólo recogemos dentro de nosotros orgullo, y cada obra de nuestra caridad estropea la obra de nuestra humildad...

Sólo le faltaba buscar una cueva bien honda, y allí, tan profundamente, humillar su alma, que ella sólo por los ojos de Dios pudiese ser diferenciada del lodo o de las inmundicias...

VIII

Así Onofre gemía bajo el esplendor de las estrellas. Cuando la madrugada ya clareaba, agarró su bordón, y marchó hacia el lado del Desierto Líbico. Cuando ya las palmeras aparecían más raras y espaciadas, y en las arenas rosadas por el sol sólo brillaba aquí y allá alguna última

poza del agua del Nilo, él divisó un chacal que rastreaba entre las piedras preparando el cubil, y consideró cuánto se asemejaba a aquel animal in-mundo que huía de la luz y de los hombres... Sólo se diferenciaban en verdad, no por el alma, porque él se había bestializado por el pecado, sino por el cuerpo, que en él caminaba erguido, con la faz hacia el cielo, a la manera del hombre más justo, y en la fiera se apoyaba sobre las cuatro patas, con el hocico bajo, como apenas despegado aún de la arcilla original de donde naciera. Entonces, para humillarse más completamente y no conservar nada de la humanidad superior, que no merecía, decidió igualar su cuerpo al del bruto, y penetrar a rastras en la Penitencia y en el Desierto... Arrojó el bordón, despojóse del sayal de lana, echó las manos sobre la arena y comenzó a andar a cuatro patas, lentamente, entre la hierba, ya rara y amarillenta, como una alimaña herida...

Todo el verdor había terminado y sólo había ahora tierra seca y planicie arenosa, cubierta de un rubor matutino, extendiéndose hasta las montañas líbicas, que parecían de un mármol fino y color de rosa. Onofre avanzaba orando, gimiendo, con la larga barba arrastrándole. A ratos parábase, no para reposar, sino para rastrear en la arena los surcos que sus rodillas pesadamente dejaban y sentir bien, en ese rastro de la fiera, la inmensidad de su abyección... Y si divisaba guijarros agudos o una piedra áspera, sobre ella se

arrastraba, para abatir, por el dolor de la carne débil, la rebelión del alma soberbia. Ya la sed le devoraba y bebía con avidez y gusto las lágrimas gruesas que le arrancaban las *saudades* (1) de sus años de paz y de pureza...

El día iba por su mitad; todo el desierto refulgía lívido, de una horrible sequedad... Las montañas, a lo lejos, en el temblor del aire caliente, eran amarillas, y sólo había en toda la extensión silencio, soledad y sol...

Onofre avanzaba jadeando, con la lengua seca y colgante... Un pozo de caravana, marcado a lo lejos por un círculo de piedras y dos tamarindos negros, surgía como una tentación; pero el penitente desvió el rostro, rastreó más ansiosamente, huyendo de aquel agua, seguramente turbia y fangosa, como de una voluptuosidad mortal. Y no cesaba de orar... Cuando encontraba osamentas de animales esparcidas por el polvo, levantaba los ojos empañados a las alturas y murmuraba: "¡Dios mío, haz que mis huesos viles blanqueen así también, perdidos en el Desierto!..."

Las angustias del hambre, que le asaltaban, eran para él como bienvenidas; y ofreció esos dolores al Señor, como le había ofrecido el de la sed. El destrozo de su cuerpo era tan grande, que cada vez que posaba su mano despellejada en la arena

(1) Conservo la típica palabra portuguesa, más expresiva que nuestros vocablos *nostalgia* o *añoranza*.—N. del T.

ardiente le arrancaba un gemido; y ya a momentos se abatía, estirado, inerte, como muerto, bajo la cruda reverberación del sol. Y entonces había en él un terror angustioso a la muerte, que le abreviaría los tormentos y le impediría el rescate...

La refulgencia del desierto se amortiguaba y un lento velo anillado revestía la Cordillera Líbica... Era el caer de la tarde y con ella caía sobre Onofre una somnolencia fría y honda como un desmayo...

Para sacudirla intentaba cantar himnos sacros; pero su pobre boca, reseca y rígida, como de greda, sólo lanzaba sonidos roncós, que se perdían entre gemidos. Y caminar ya no podía; porque sus rodillas eran dos llagas, donde se empastaban arena y sangre... Rasgó un pedazo de túnica para envolverlas; y como el sol se había escondido, y a lo lejos un montículo de piedras y una flaca palmera, indicaban otro pozo, hacia allá se arrastró, temiendo caer en un estado de inanición que abreviase la penitencia. El agua del charco era negra y fangosa; pero sobre esa piedra había unos restos de harina y de habas crudas, de esas que las caravanas dejan para las divinidades del Desierto... ¡Al fin, comió y bebió!... Lavó las heridas y hasta dejó que sus ojos se cerrasen; pero de pie, apoyado en el pico de una peña, para que el sueño fuese doloroso y breve. Despertó a los tristes aullidos de los chacales... Todo el cielo se había llenado de estrellas, y Onofre, posando en la tie-

rra dura las manos llagadas, comenzó de nuevo a avanzar por el Desierto... Tan radiantes y anchos eran los astros, que la ilimitada arena blanqueaba bajo la muda palpitación, con la lividez de un sudario. Entonces abultadas siluetas, terribles por su bestialidad, vinieron a aterrar el corazón cansado del Penitente... Ya era un enorme macaco, con el dorso arqueado, que sobre las cuatro manos caminaba al lado de él, como él, y cuando él gemía, gemía, y cuando él oraba, gruñía. Ya era un unicornio que venía a galope del fondo del Yermo y estaba delante de Onofre, con su cuerno en ristre entre los ojos, refulgiendo intolerablemente. Después eran deformes murciélagos, casi tapando el cielo, que se abatían con un vuelo mudo y blando, y le cubrían con sus alas, que tenían el calor de una carne desnuda... Y Onofre iba caminando por el yermo, rodeado de monstruos... Para espantarlos, el desgraciado gritaba el nombre de Jesús y ellos recrudescían sus ataques, inmóviles y silenciosos... ¿No eran, pues, demonios?...

Y Onofre dejó caer el cuerpo como aplastado bajo tanta cólera del cielo. Inmediatamente todas las formas tremendas, los dorsos, los hocicos, las alas temblorosas, se abatieron, se extendieron como un paño fúnebre sobre el arenal... Y sólo hubo un silencio bajo el gran cielo estrellado...

Onofre había cerrado los ojos, como inanimado. Y a través de un sosiego que le envolvía,

dulce como el de la noche, entreveía a distancia, iluminado por un sol de madrugada, un bosquecillo de palmeras y sicomoros, que era el de la morada en que había nacido... Un hilo de agua descendía de un estanque de piedra cantando entre los linos verdes. Los ibis posábanse en el borde de la terraza... Más allá blanqueaban los propíleos, cubiertos de relieves, en el Templo de Serapis. El viejo esclavo que le había enseñado las letras, allí estaba en su acostumbrado asiento de piedra, envuelto en los paños blancos, todo rapado, lleno de las arrugas del saber e inmóvil, con las manos largas, de cera, posadas sobre las rodillas flacas, meditando en la eternidad... Hombres graves con la túnica blanca de los cristianos, que se preparaban para atravesar el Desierto, en peregrinación a las ermitas de la Tebaida, esperaban bajo el emparrado, con sus envoltorios en el suelo y encima el cayado... El viejo esclavo nubio Ahmés cargaba con lentitud los odres de agua sobre los dromedarios y cantaba un antiguo canto de la Nubia... Más dulce y triste era el canto en sus ayes prolongados que las ramas de la palmera en su cadencia... Y él, Onofre, allí estaba también, curioso, asombrado de los hombres que iban así desde tan lejos a visitar a Antón, a Pacomio y a Paulo y a los Santos magníficos que habitaban sepulcros...

Un enternecimiento infinito penetró a Onofre, que extendió ansiosamente los brazos hacia aque-

llas imágenes, tan antiguas y dulces... ¡Oh, si él recobrara la sencillez de esos tiempos, en aquel bosquecillo de mimosas!... Las lágrimas brotaron cálidas y densas de sus ojos cerrados; y a través de la niebla de ellos, arboledas y casas, y el dromedario, y el viejo Nubio, con su pechero blanco, todo se confundió y desvaneció...

Entonces, en aquel inmenso desierto que le rodeaba, sintió más profundamente su abandono y su miseria... Dios, su socorro y fuerza en el yermo de su antigua penitencia, se había retirado ahora para siempre de su alma. Y estaba solitario, desamparado del cielo, tan viejo, lleno de llagas y dejando su sangre en regueros por las arenas, y así había de afrontar las soledades, los trances, las necesidades y los Demonios. ¿Qué importa? Debía caminar y padecer...

Y de nuevo comenzó a arrastrarse, balbuceando loores al Señor. Todas las estrellas se habían apagado. De las formas monstruosas que hacía poco le rodeaban, ninguna se destacaba ni movía en la obscuridad ilimitada. Sólo quedaban la muidez, las tinieblas y la soledad infinita... Y bajo aquel vasto cielo negro, sobre aquel inmenso desierto negro, Onofre seguía allí, única forma viva, negro también, a rastras como un bicho, todo herido, todo sangriento, gimiendo con prolongados gemidos que se perdían en las tinieblas... Y no cesaba de avanzar ni de gemir. Siempre hacia adelante, posando en la arena las manos roídas y

gastadas, arrastrando en la arena los huesos descarnados de las rodillas, y llorando y gritando: "¡Señor, ten piedad! ¡Señor, ten piedad!..."

Pero ya el alma iba perdiendo el dominio sobre el cuerpo; y era solo su deseo quien caminaba hacia allá, hacia las montañas, porque a cada instante los brazos se le estiraban por el suelo, blandos e inertes, y entre ellos la cabeza, cubierta de sudor helado, quedaba rodando en la arena, en el desvanecimiento de una agonía. Entonces intentaba, desesperado, jadeante, arrastrar aquella carne miserable que le traicionaba. ¡Y no podía, no podía!... Sólo le quedaba acabar allí en la arena, sin alcanzar el rescate iniciado de su pecado. Y con el semblante vuelto hacia el cielo, hacia el cielo negro, sin una luz que le sirviese como una esperanza, aguardó la Muerte... Pero la Muerte no venía. Ante sus ojos empañados y lívidos, como que surgía una claridad... Era como una niebla vaga y rosada, y a través de ella oía desde lejos tristemente el tañer lento de una campanilla en marcha...

Súbitamente sintió rumores y voces. Y entreabriendo los párpados, distinguió rostros oscuros y ardientes que se inclinaban sobre él, un caballero con una lanza y largos pescuezos de dromedarios cargados de fardos... Una calabaza fué puesta sobre sus labios, y de ella bebió ávidamente... Había manos fuertes que le levantaban y sobre sus rodillas heridas caía deliciosamen-

te un chorro de aceite muy fresco. Y ya de pie, entre los brazos que le amparaban, Onofre se desmayó dulcemente...

Pero a través de su desmayo sintió que le alzaban por encima de un dromedario, donde quedó como un fardo extendido entre fardos... Hubo gritos... Y la campanilla comenzó de nuevo a tintinear lentamente, en cadencia, mientras él, medido por las pisadas del dromedario, que ya a veces chapoteaba en agua, había vuelto a caer en aquel desmayo tan dulce en que todas las miserias de su vida se adormecían, como dolores que se calman en un baño...

IX

Era una caravana que traía gomas de la Cirenaica la que así le había recogido por compasión de su vejez y de la sangre que le corría de las heridas. Y cuando Onofre volvió a abrir lentamente los ojos, la mañana clara llenaba el cielo, un olor de verdura tierna erraba en el aire blando y los ibis revoloteaban entre los ramajes de las mimosas. Su dromedario se había arrodillado, y los mismos hombres de caras tostadas y ardientes le levantaron en alto, le llevaron hacia una pobre casucha, con un huerto, donde unas mujeres, bajo una palmera, pisaban cantando el guano de cen-

teno... Corrieron hacia él grupos de gente, un viejo acudió con su balde de riego; y estirado sobre un montón de hojas secas de papiros, dentro de la casucha, Onofre sintió de nuevo, a través de un rumor de piedad, que le limpiaban el semblante, le echaban sobre las heridas un óleo salvable. Después volvió a adormecerse...

Al declinar de la tarde, cuando despertó, el viejo estaba delante de él en una contemplación grave, sentado, con las manos posadas sobre las rodillas, como una estatua de escriba. Y las dos hijas esperaban, agachadas sobre esteras de colores, con lentejas en una fuente y un jarro de agua del Nilo... Onofre comió, y después levantó a duras penas el cuerpo del lecho de hojas para volver a emprender el camino del desierto. Mas, por humildad y como ejemplo, contó su historia, su penitencia, sus pecados, y cómo había caído exhausto en el gran arenal, bajo la cólera del Señor.

Entonces, de repente, el viejo, levantando las manos abiertas, gritó:

—¡Oh, hombre lleno de años y de virtud, tú eres de aquellos que saben las palabras nuevas que consuelan!... Quédate entre nosotros, come de nuestro pan y alecciona a nuestras almas...

Y Onofre, espantado, supo que, hacía tiempo, allí habían vivido dos monjes, a quienes todos amaban por su caridad, por su ciencia de las hierbas medicinales, por su arte en expulsar a los de-

monios, y hasta por las dulces fiestas con que celebraban el rejuvenecer de la primavera... Pero un día habían partido para un monasterio en el Alto Egipto; y desde entonces toda la aldea se lamentaba y añoraba las dulces historias que contaban del Niño nacido en el corral, y de un reino del cielo en que todos comerían frutas divinas, y de la cruz de esclavo en que la Víctima había echado sobre sí todos los pecados humanos...

Así, ¡oh alegría!, Onofre había sido llevado a vivir entre almas casi hermanas. En los ojos negros de las dos muchachas, que se alzaban hacia él, brillaba un fulgor de fe... Y el viejo, alargando los brazos, murmuraba con ardor:

—¡Oh, hombre justo, que conoces la naturaleza de los dioses y las cosas que están más allá de la vida, quédate en nuestra morada, come de nuestro pan!...

En el corazón de Onofre había un gran alborozo. ¿Había venido allá por acaso o por determinación del Señor, traído del fondo del Yermo para que con su enseñanza la Verdad, ya en germen, brotase del todo en aquellas almas sencillas? ¿Entonces el Señor convertía la privación de su penitencia en la gloria de un apostolado!... ¿Por qué? La noche de agonía de la cual brotaba ¿había sido bastante compensadora para que sobre él descrendiese la misericordia del cielo?... No le correspondía a él, siervo del Señor, penetrar en los motivos de su Dueño. Para estar entre aquellas

almas, donde ya se había sembrado la buena simiente, había sido traído, y sólo le correspondía trabajar como buen labrador en el campo precioso que Dios le confiaba... Y humildemente murmuró:

—Pues que de mí necesitáis, entre vosotros quedaré...

Y se quedó, escogiendo para habitación un cobertizo, abierto a todos los vientos, en que el viejo recogía sus búfalos. En breve, por todas las chozas se difundió la noticia de que otro monje había llegado a la aldea; que sabía también las historias divinas del Niño que había nacido en Siria y de su padre, que acogía a los siervos más humildes en un cielo todo lleno de cantos y de abundancia... De todos los caseríos, al punto acudían las mujeres, trayendo a Onofre regalos de frutas, pasteles de miel y lino tejido. De rodillas delante de su cobertizo, Onofre oraba, con los brazos abiertos, el rostro vuelto hacia el cielo; y todos se quedaban pasmados ante aquella vejez tan macerada, ante las largas barbas blancas que rozaban en el suelo, y levantaban también como él, mudamente, hacia el cielo, los ojos llenos de una esperanza nueva. ¿Qué contemplaba él así en el cielo radiante?... ¿Cuáles eran esas oraciones que él sabía y cómo se hablaba a ese Dios tan bueno y tan amigo de los pobres?... Y cuando Onofre comenzaba de nuevo a contar del Señor y de sus grandes enseñanzas de caridad y de bon-

dad y de amor, un dulce murmullo de contento corría entre los sencillos, como de hambrientos que son saciados... Una lenta adoración inconsciente y aun gentilica comenzaba a envolver a Onofre, brotada ardentemente de aquellos corazones sencillos, que no diferenciaban bien al Dios Nuevo del viejo Solitario que lo revelaba... Cuando atravesaba los bosques o los atajos entre los campos, la gente postrábase ante él con una reverencia mezclada de miedo; las madres traían a los hijos, desnudos y coronados de flores, como cuando los ofrecían a los antiguos altares, para que Onofre les diese la Buena Suerte; y los colonos venían a rozar la punta de su túnica, mostrando, con la mirada suplicante, los campos que deseaban que él fecundase...

Un sordo temor invadió entonces a Onofre; porque en aquella reverencia hacia su virtud sólo veía peligros para su humildad. Cuando le traían enfermos para que los sanase o mujeres poseídas de un demonio para que las purificase, ya Onofre retrocedía aterrado, golpeábase en el pecho y gritaba: "Pero ¡yo no sé!... ¡no puedo!... ¿Quién soy yo?... El más vil de los pecadores... Pedid a Dios, orad a Dios..." Pero el dolor de aquellas almas crédulas ante sus súplicas desatendidas desgarraba el corazón de Onofre... Y no era menor el tormento de su duda. Si él poseía, en verdad, por gracia del Señor, el don de sanar la carne enferma y de apaciguar las almas, ¡cuánta era su

crueledad en no suprimir estas aflicciones!... Pero también en el ejercicio del milagro, ¡cuántas pavorosas tentaciones de orgullo!... Y cada día este tormento aumentaba... Aquellas madres desgredadas que le gritaban entre sollozos: "¡Ten piedad de mi pobre hijo!"... Aquellos viejos lisiados que desde el suelo donde los retenía el mal extendían los brazos hacia él con ansiedad, murmurando: "¡Ah, si tú quisieses!" Y él, forzado por el terror que corría su alma..., ¡forzado a no tener piedad y forzado a no querer!...

Pero ¿no comprometía él también, con aquella dura inercia, la propagación de la Fe, y de la Ley del Señor? ¿No acabarían aquellas gentes sencillas por desprenderse de un Dios que veían tan desatento y ajeno a sus miserias?... Y cuando él enseñaba al Dios Nuevo, en los semblantes, en derredor, había desconfianza y desdén. En sus largas oraciones pedía entonces al cielo una inspiración... Pero del cielo, enmudecido y cerrado para él, ninguna inspiración descendía sobre su espíritu angustiado. Redoblaba las penitencias, torturaba con el cilicio su pobre esqueleto, prolongaba los duros ayunos, clamaba por Dios desde el fondo de su incertidumbre... Y Dios permanecía impenetrable. Con este dolor de su alma, iba quedando más macerado, más abatido, más viejo, que con treinta años de trabajos en el Desierto... Ya casi no se presentaba erguido, y caminaba tan trémulo, apoyado en su bordón, que un poco de vien-

to le podría derribar... Su consuelo sería que aquel pueblo le ultrajase por su crueldad y su resistencia a hacer el bien supremo... ¡Oh, si le maldijesen, si le apedreasen!... Cada piedra que le hiriese la ofrecería él al Señor como una evidencia de su humildad... Pero, dulce y tímida, aquella gente sólo se lamentaba como los que son abandonados... Y sin perder la esperanza, volvían, insistían en suplicar su intervención omnipotente...

Un día, una hija del viejo que le había recogido no se despertó y quedó blanca e inmóvil en su catre; como si el alma, durante el sueño, la hubiese abandonado para siempre. Delante de él, de rodillas, el viejo suplicaba y lloraba:

—Tú lo puedes todo. Conoces las artes. ¡Eres enviado de Dios!... ¡Los otros monjes curaban, disponían de la vida! ¡Salva, salva a mi hija de mi corazón!...

Y bañado en lágrimas también, Onofre sintió la certeza de que si tocase con las manos en el semblante de la pobre muchachita, ésta se levantaría curada y sonriendo. Y ya extendía las manos, cuando, bruscamente, en su espíritu cruzó, como el fulgor del infierno, el orgullo de su poder... Entonces retrocedió, aterrado, temblando...

El viejo, de hinojos, besaba los pies de Onofre...
—¡Sé bueno! ¡Sé bueno!...

Pero Onofre veía el infierno; y huyó, huyó, sollozando, arrancándose las barbas, en una desesperación infinita... Huyó de la choza, huyó de la aldea. Dos veces cayó, tan tembloroso y débil. Iba dirigiendo siempre sus pasos trémulos lejos de los hombres y de su peligro, hacia la soledad insondable, donde no estuviesen los hombres y estuviese la Muerte... Todo el día se arrastró así... Y el sol descendía en un cielo de oro cuando sus ojos, cansados y algo turbios a través de las lágrimas, divisaron arboledas y caseríos, otra aldea, a orilla de los arenales... Onofre tenía hambre y tenía sed; y queriendo solamente recobrar fuerzas para continuar el sufrimiento, arrastró los pasos hacia una cabaña más aislada, hecha de adobes y de cañas, apoyada en un largo muro, un antiguo resto de muralla... Una muchachita, que volvía de la fuente, posó a la puerta de la cabaña, sobre una piedra, su cántaro de barro, y viendo a aquel viejo, de inmensas barbas, harapiento, que avanzaba renqueante entre la polvareda del camino, apoyado en su bordón, quedó como en espera de él, con una piedad enorme en sus grandes ojos negros... Onofre extendió la mano para pedir una limosna. Ella entró en la cabaña, donde una criatura lloraba lentamente, con un llanto cansado y doliente...

Cuando volvió con un pedazo de pan duro y viejo, Onofre se había abatido ya de fatiga sobre

el suelo, con la cabeza recostada en el muro, los ojos tristemente perdidos en el cielo, en aquel cielo hacia donde en vano su alma aspiraba... Los ibis revoloteaban volviendo a los nidos... Largos rayos de oro pálido cruzaban a través de las palmeras, y lejos, del lado del río, venía el lento mugir de los búfalos... Onofre comió el pan de la limosna, y la buena muchacha inclinó hacia su pobre boca reseca y polvorienta el borde del cántaro, murmurando: "¡Que este agua alegre tu corazón!"

El bebió, loando al Señor, que manda el agua a los que tienen sed; después agarró su bordón, y ayudado por la buena muchacha, de nuevo se alzó, con un suspiro tan doloroso, que los dos bellos ojos negros se humedecieron...

Y el buen viejo seguía su camino, cuando a la puerta de la cabaña apareció una mujer pálida y flaca, trayendo al cuello una criaturita que envolvía entre harapos. Y se detuvo Onofre, atacado de una infinita piedad por aquel pobre pequeñuelo, todo encogido en los brazos de la madre, con la carita apoyada en su hombro, como una flor tierna doblada por el tallo y ya muerta... Gruesas costras de heridas amoratadas cubrían su miserable cabeza, donde todo el cabello se despegaba; la oreja era una llaga; un trapo manchado de sangre seca cubría uno de sus ojos y recaía sobre el otro amortiguado, empañado de lágrimas; una

piel lívida y blanda cubría sus hombros, y su gemido no cesaba, lento y cansado.

Con tanto dolor y ternura le contemplaba Onofre, que la pobre madre contó cómo le había atacado aquel mal cuando había cumplido los dos años y ella había quedado viuda y la miseria se había posado sobre su casucha. Con el hijo en los brazos, mendigando el pan, había recorrido los templos donde se curan los males, había escuchado los consejos de los que vienen de lejos y conocen las hierbas salutíferas... Pero el mal de su hijo, ni hombres ni Dioses se lo habían curado. Tan pobre era, que ni un poco de leche alcanzaba para consolarle; y siempre con él en los brazos, adormeciendo su padecer, y sobre él llorando, ¿cómo podría trabajar?... La caridad de los vecinos, pobres también, ya se fatigaba. Y en nadie tenía esperanza. ¡En nadie tenía esperanza!...

Onofre murmuró:

—¡Jesús fué pequeñito y sufrió!...

Y entonces una voz lenta y triste, pero en la cual había la certeza y el orgullo de una fuerza, murmuró dentro de él: “¡Ah, si tú quisieses, Onofre!...”

Todo él tembló. ¡Si quisiese! Era otra vez el Enemigo incansable que le soplabá en el alma el calor del Pecado. ¡Sí! Si él quisiese, aquellas heridas se secarían, y aquel gemir acabaría, y el pobre cuerpecito, como una rama seca, reverdecería, lleno de savia nueva, y al punto en él se desenca-

denaría para su perdición el orgullo de su Poder... ¡No, no!... Bien sentía al enemigo intentando penetrar en él por la puerta de su piedad, entreabierta... Y siempre su perdición estaba donde estuviese la humanidad. Sólo en el yermo había tranquilidad. Murmuró una bendición a la madre desgraciada y partió desesperado. Pero la criaturita gimió; se detuvo entonces de nuevo con un largo suspiro... ¡Ah, dulce inocentito, que en toda la larga noche iba a gemir así tan dolorido, tal vez con hambre!... Y nadie lo curaba... ¡Y no tenía a nadie! Los labios de Onofre temblaban...

—¡Oh, mi pobre niño; oh, mi pobre niño!—exclamó.

Entonces la criaturita levantó la cabeza despacio, y con un gemido mayor, un ¡ay! muy triste, llevó temblando la manecita fiaca a su pobre ojo cubierto de trapos... Una violenta y desesperada piedad invadió el corazón de Onofre... Arrojó el cayado y gritó:

—¡Pues bien, qué importa!... ¡Que mi alma se abisme en el orgullo y en el mal!...

Y con el rostro que llameaba, los cabellos erizados de terror divino, arrebató a la criatura y la levantó toda hacia el cielo. Y delante de la madre despavorida, Onofre clamaba:

—¡Dios mío, dame mi salario!... Setenta años te serví... Por Ti sufrí todos los tormentos del desierto. ¡Y sin descanso, sin una queja, sin una petición, trabajé en tu obra! ¡Dame el salario que

me debes!... ¡Que esta criaturita sane aquí entre mis manos... y estoy pagado!... Después, si quieres, ¡abandonas mi alma!...

Sus brazos trémulos, sin fuerza, dejaron caer la criatura, que la madre agarró y oprimió ansiosamente. Pero, ¡oh prodigio!, estaba sana... ¡Secas todas las heridas del rostro! ¡Redivivos y límpidos los ojos, que en un momento se ensanchaban y sonreían!... Fresca y llena y sonrosada por una sangre joven, la criaturita, que el mal había chupado, agarrada a los brazos de la madre, ya se había adormecido en un amplio, dulce, infinito y profundo reposo...

Con él así en el cuello, tan quieto, tan sano, ella, en la gran alegría del prodigio, ni se movía, sofocada, y de sus labios trémulos sólo había brotado por fin un grito ahogado de inquietud:

—¡Es para siempre! ¡Es para siempre!...

Pero Onofre ya había desaparecido. Deslumbrado, despavorido, sonreía, tropezando a lo largo de la vieja muralla, con los cabellos al viento y las manos al cielo...

Furiosamente en su alma se afirmó luego la certeza de su santidad. Y en vano quería pisotear y sofocar aquella afirmación de orgullo, que en él se desenroscaba como una serpiente despierta y hambrienta. “¡No! ¡No era santo! ¡Había sido Dios, sólo Dios, quien había hecho el prodigio! ¡Sólo El debía ser loado, en su Misericordia sublime!...”

Pero voces violentas y confusas aullaban, cantaban en las profundidades de su ser: “¡Fuiste tú!... Dios sólo escucha a quienes ama... Tú eres el amado de Dios. La manifestación de su amor es la concesión de la Bienaventuranza. El cielo es tuyo. En ti reside la virtud celeste. Toca con tus manos una rama seca y reverdecerá...”

Estaba, pues, plenamente invadido por el irremediable Orgullo. Sólo aniquilando su espíritu, él podría destruir el Mal que en él habitaba... Toda mortificación de la carne era inútil, porque siempre aquella luz de la Inteligencia, que dentro de él lucía, sería hecha de fuego del Infierno... ¡Estaba perdido! ¡Estaba perdido!...

Cayó con el semblante en el suelo, junto a las murallas que el sol poniente teñía de color de rosa; y allí quedó para siempre, y para morir... Aquel alma perversa que él llevaba en sí como una fiera indómita estaba destinada a los tormentos sempiternos. ¡Pues bien! ¡Que se hundiese en ellos aprisa, porque, cuanto más errase sobre la tierra, más ofendería al Señor!... ¡Adiós, pues, oh Vida!... ¡Cuán estéril e inútil le había sido, puesto que no le había servido para vencer a la Muerte!...

Y con el semblante en el polvo, los brazos extendidos en tierra, pegándose todo a aquel polvo, en que quería abismar su ser, sollozaba:

—¡Vida inútil, vida estéril!...

Pero entonces pensó en aquella criaturita, que

ahora dormía, sana, libre de todo dolor y tan dulcemente en brazos de su madre. ¿Inútil su vida?... No. Descendía a los abismos arrastrado por el orgullo; pero al menos en el mundo quedaba, por obra de él, ese pobre pequeñuelo, que ya no sufría ni llevaba, gimiendo, la manecita a un semblante lleno de llagas...

Entonces, una Voz muy dulce murmuró sobre él:

—¡Onofre!...

El viejo había alzado el semblante lentamente, después el cuerpo trémulo, y comenzó a caminar. Pero sus pasos temblaban. Tanto, que se recostó en el viejo muro, que apenas veía ya, bajo la niebla de lágrimas, y entre el desmayo que se lo velaba...

Así se arrastró un momento, temblando y gimiendo...

Pero dulce y llena de cariño, la Voz a su lado murmuró:

—¡Onofre!...

Entonces Onofre volvió la cara y divisó una forma que resplandecía toda de blancura en la soledad del crepúsculo... Mudo, ya todo frío, dió hacia ella un lento paso, y desfalleció, cayó sobre el seno de Jesucristo, Nuestro Señor, que le oprimió dulcemente entre sus brazos y le llevó consigo para el cielo, en el esplendor del oro de la tarde...

II

SAN FREY GIL

PLAN DE LA OBRA (1)

Nacimiento de Gil en un solar al pie de Vouzella.—El padre y la madre de Gil.—Infancia de Gil.—Su belleza.—Su curiosidad insaciable.—Amor a los manuscritos. Un viejo físico le comunica la pasión de los cuerpos simples y de las plantas que curan.—Crece.—Toma afición a las armas y a los caballos.—Tiene amores vagos con muchachitas.—Pero no descuida los libros.—Le entra la pasión de lo desconocido, de los viajes.—Para conocerlo todo quiere ir a estudiar Medicina a París.

Márchase, entre lágrimas de su madre y de una moza a quien había seducido.—Toma el camino de París con su fiel Pero Malho, escudero.—En una posada, en el camino, encuentran a un caballero que traba conversación con él y sabiendo que Gil va a París a estudiar Medicina, le dice que vaya antes con él a Toledo, adonde él va también para licenciarse en las Artes Negras.—Esas artes, que él describe, dan a quien las posee el oro, el poder, la eterna mocedad y todo lo que constituye la felicidad.—Gil cede. Parten para Toledo, conversando por el camino.—Son asal-

(1) Encontrado, juntamente con el manuscrito incompleto, a la muerte de Eça de Queiroz.